

CALLE DE LOS HUÉRFANOS

A FINES DEL SIGLO XVII, UN ACAUDALADO HOMBRE DECIDIÓ CONSTRUIR UN HOGAR DONDE ACOGER A MUJERES Y NIÑOS ABANDONADOS. SU GENEROSIDAD Y FILANTROPÍA LO HICIERON MERECEDOR DE TÍTULOS Y RECONOCIMIENTOS, Y DIO NOMBRE A LA CALLE QUE HOY ES UN EMBLEMA DEL CENTRO DE LA CIUDAD.

Por Sergio Martínez Baeza

Esta calle del centro de Santiago debe su nombre a la generosidad de un importante vecino, según se verá. A fines del siglo XVII llegó a Chile un joven guipuzcoano llamado Pedro Ignacio de Aguirre e Illaradi, que se dedicó al comercio, prosperó y contrajo matrimonio con doña Juana de Barrenechea. Su hijo don Juan Nicolás de Aguirre y Barrenechea fue un hombre rico, Alcalde de Santiago y Corregidor, juez de comercio, integrante del alto Tribunal del Consulado. Se casó con doña Ignacia Diez de Aséndegui y adquirió de don Pedro de Lecaros Berroeta una gran casona situada en la esquina de las calles Compañía y Morandé, que después fue reemplazada por el Palacio Larraín Zañartu y terminó por acoger a las oficinas y talleres de la empresa periodística “El Mercurio”, hasta 1985, en que ésta se trasladó al sector oriente de la ciudad. La fachada del Palacio gozó de la protección del Consejo de Monumentos Nacionales y el sitio permaneció sin edificar hasta el año 2011, en que se ha construido allí el Mall llamado Espacio M. Una placa en su interior recuerda la historia de este solar.

Pero, volviendo al rico vecino don Juan Nicolás de Aguirre, cabe decir que constituyó un mayorazgo al que vinculó su casa antes descrita, más su chacra de Manquehue y su hacienda de Pudahuel, y que, movido por un noble espíritu filantrópico, decidió establecer y financiar un hospicio para pobres que sirviera, al mismo tiempo, como asilo para mujeres arrepentidas y como casa de niños huérfanos expósitos. Con tal propósito dispuso de un gran terreno que poseía y que abarcaba toda la manzana situada entre las calles que hoy llevan los nombres de Huérfanos, Agustinas, San Martín y Manuel Rodríguez. Después de haber construido los edificios, que consistieron en dos casas, una para inválidos y otra para mujeres y niños expósitos, y de dotarlas de muebles y elementos necesarios, solicitó a la Real Audiencia que uno de sus ministros visitara el establecimiento y, luego, se solicitara al Rey alguna ayuda para su funcionamiento. El informe fue hecho por el Oidor don José Clemente de Traslaviña y en él quedó constancia de la generosidad del fundador, que no sólo había obsequiado el terreno y las construcciones, sino también entregado cincuenta catres de madera, diez telares, mesas de comedor,

un oratorio y toda la madera para completar el mobiliario.

La creación de esta casa de huérfanos tuvo tan buena acogida por el vecindario de Santiago, que aún antes de estar terminadas las obras y de entrar en funcionamiento, ya fueron abandonadas en el zaguán de la casa de don Juan Nicolás, en la esquina de Compañía y Morandé, veinticinco creaturas recién nacidas, que fueron las primeras beneficiadas, según lo expresa el propio señor Aguirre en un oficio a la Real Audiencia.

El rey don Carlos III, por real cédula de 23 de enero de 1761, autorizó el funcionamiento del hospicio y manifestó su gratitud al generoso donante, confiándole su gobierno de por vida y asignando la suma de mil pesos anuales para su sostenimiento.

Además, se otorgó a don Juan Nicolás el título de Castilla de Marqués de Montepío, expresión que equivale a obra de bien o de beneficencia pública, de modo que tal denominación hereditaria perpetuara el recuerdo de su noble labor filantrópica. La existencia de este título de nobleza, que se mantiene vigente hasta el presente, en poder de un descendiente chileno radicado en España, es elocuente testimonio del propósito de la Corona.

El asilo creado por don Juan Nicolás terminó por dar su nombre a la calle que hasta entonces se llamaba calle del Oidor, por dar a dicha arteria su puerta principal. Sin embargo, el establecimiento no logró subsistir por mucho tiempo. Su construcción, que no era muy sólida, empezó a arruinarse. En 1779 se estableció allí un lazareto para mujeres contagiadas por la epidemia de viruelas que azotaba en forma endémica a la población de Santiago. En 1811, al inicio de las campañas de la Independencia, el mismo solar sirvió de cuartel a un cuerpo de reciente creación, el Batallón de Granaderos, que tuvo un importante papel ese año al sofocar el llamado Motín de Figueroa.

Esta importante arteria del centro de Santiago, hoy calle peatonal de bullente actividad ciudadana, recuerda, como se ha expuesto, la generosidad de un rico vecino, que no sólo merece ser recordada, sino también señalada como ejemplo para las actuales y futuras generaciones de chilenos, de ayuda a los sectores más necesitados de la sociedad.